

Los Jesuses de nuestra civilizacion.

Pedro era un buen tipo (a punto de morir de tristeza por problemas económicos y afectivos,) estaba cansado de trabajar para pagar viejos prestamos.

Había nacido con el sello en la frente de "clearing", Pedro era un heredero de deudas.

Deberle a todo el mundo, no le era indiferente, tenia repetidas pesadillas y muchos problemas de depresión por no llegar a cubrir las cuentas.

Pedro era un lingera que mordía el hambre por las noches.

Vivía en extrema pobreza y su austeridad económica ni siquiera le permitía terminar con sus deudas mas urgentes (como la cuenta del almacén) y el alquiler.

El almacenero conocía a Pedro de chiquito y le fiaba un poco por cariño y otro poco por lástima (los padres de Pedro arrastraban cuentas desde el año 90) deudas que nunca pagaron.

Sus padres se mudaron de barrio para huir de las largas cuentas y de las graves metidas de pata conocidas en el barrio, el padre de Pedro era un vago consumido por el alcohol y la madre una humilde limpiadora del interior que tomo rápidamente los vicios de la ciudad. Convirtiéndose en un parásito de los vecinos a los que pedía y robaba sin ninguna culpa.

Pedro era el único de los seis hermanos que no había salido "chorro", trabajó desde los 14 años para pagar sus estudios de Utu y ayudó con lo poco que ganaba a sus padres y hermanos (los vecinos no entendían porque él salio tan "bonachón", trabajador y tranquilo).

Nunca consiguió terminar sus estudios por falta de tiempo y de dinero, no tuvo ninguna oportunidad así que solo trabajó para mantenerse y sobrevivir.

Su primer trabajo fue como montador de puestos de feria, luego trabajó como ayudante de plomero (pero solo durante seis meses porque el hombre que lo contrato murió y sus hijos se quedaron con la mini empresa y la clientela).

Se embarcó durante un año haciendo la pesca con unos veteranos, pero como nunca le dieron un aumento y el hedor a pescado lo penetró tanto que le hizo perder hasta el olfato, decidió dejarlo para recuperarse y procurar alguna otra cosa mejor.

Sin trabajo no pudo continuar con el pago del alquiler fue así que en el correr de un año rotó con sus cuatro "pilchas" por diversos "cuchitriles" de mala muerte.

Sus vecinos eran tipos con gorros y champions que fumaban recostados en las puertas de las pensiones observando detalladamente el movimiento de los alrededores.

Pedro desesperado por el ritmo dominguero de su entorno decide irse de Montevideo rumbo a la costa de oro (creyendo en un cambio positivo laboral y social).

El solcito de setiembre lo estimuló a pensar que podía trabajar y quizás poder ir a la playa (cosa que nunca había hecho en su vida).

Recorrió desde Lagomar hasta Atlantida en una vieja bicicleta oxidada en busca de trabajo, dejando cartelitos escritos con lapicera bic pegados en las carteleras de los comercios.

Durmió en una carpa durante días, se cocinó los mismos fideos en un pequeño primus y se bañó en varios clubes deportivos solidarios de la zona.

Finalmente fue llamado para trabajar como peón de albañil para la construcción de dos bungalow en el centro de Solymar.

Trabajó durante dos meses y medio en la edificación de estos chalecitos (haciendo otras "changuitas" como cortar pasto, lavar autos y pintar carteles).

Una mañana colocando tejas en un chalet, cayó abruptamente fracturándose las dos piernas. Es así que Pedro terminó invirtiendo sus pocas ganancias en inflamatorios y en traslados semanales al hospital para continuar con los tratamientos de recuperación.

Debido a la mala racha Pedro regresó a Montevideo para continuar la sanación en la capital . Consiguio alquilar una pieza de seis metros cuadrados en una pensión cercana al Filtro con un buen ambiente familiar (habitaban numerosas familias de origen peruano y boliviano).

Pedro cuidó de los todos los niños de la pensión ya que su quietud obligatoria no le permitía trabajar, así fue que se ganó el pan, la yerba y la simpatía de todas las madres extranjeras del lugar.

Casi todas sus vecinas trabajaban en el karaoke de la esquina o en la whiskeria de al lado, los hombres de la pensión dormían durante el día (mismo si el calor del verano era insoportable dentro de los cubos privados de ventanas) y por la noche salían disparando como gatos en celo.

Allí fue que conoció a una peruana de 19 años (vecina de pasillo) que lo cortejó con cebaduras de mate y tortas fritas ganándose el corazón huraño y desconfiado de Pedro.

Comenzaron a frecuentarse íntimamente y así fue que a los quince días comenzaron la convivencia (con la naturalidad de una pareja estable de años).

A pesar de una década de diferencia de edad y de sus desocupaciones laborales,deciden juntarse y comenzar una relación amorosa.Pedro pensó que así podrían permitir cubrir sus necesidades básicas apostando a salir adelante en un futuro no muy lejano.

Él nunca la quiso, porque las diferencias culturales y generacionales eran abismales, pero sabia que no podía pretender nada mejor por el momento, aunque él no se consideraba de esa "clase social mental" lo era,

La vida de Pedro era trágicamente triste, comenzó a hablar con un acento peruano despreciable y a tener problemas con los adolescentes del barrio que estaban inmantados por las curvas de su diminuta conyugue. Le gritaban cornudo!!! al pasar como quien grita: buen día! a su vecino de enfrente (con naturalidad y simpatía).Pedro le ponía el pecho a las balas, no tenia miedo a nada y a nadie, estaba convencido que nada peor de lo que estaba viviendo le podía suceder, tenia una fe inquebrantable (envidiada por la gente civilizada).

Su actitud naif propia de un personaje de la Edad Media lo hacia inofensivo, crédulo y pasivo, parecía aceptar el destino con una cierta complacencia, mismo si él era consciente de la existencia de otros y mejores mundos.

La navidad se acercaba a pasos agigantados, las bocinas y los cuetes musicalizaban los rincones de Montevideo, las sandías y las uvas tomaban el protagonismo en las verdulerías, el olor a jazmín traía la tibieza del verano.

Pasaría la navidad en la pensión, su familia siempre estuvo ausente (mismo en los días festivos) lejana y cruelmente indiferente con Pedro.

Para esa fecha estaba casi repuesto de su quebradura y comenzó a dar sus primeros pasos sosteniéndose gracias a un bastón (heredado hacia pocos días de una viejita pensionista que murió colgando la ropa en la azotea).

El yeso se había vuelto insoportable debido al calor y los olores rancios así que sin la autorización de ningún medico Pedro se lo quitó magistralmente bien, consiguiendo ver nuevamente sus flacas y débiles piernas.

Era Noche buena y los pensionistas cargaban con la misma borrachera monótona de siempre ,pero con un cierto aire de alegría típico de estas fechas.

Estaban de festejo, todos bailaban al ritmo de la cumbia como exorcizando los males y brindaban deseando felicidades a sus acompañantes de turno con la tibia sidra sin burbujas.

La dueña de la pensión decoró con algunos chirimbolos el hall y la azotea poniendo unas guías rojas y doradas en las arcas de las puertas, esa noche los pensionistas no necesitaron encender espirales, los mosquitos quedaban automáticamente pegados en el ambiente pegajoso del lugar.

El olor a asado inundaba las narinas y solo con olerlo se llenaban las panzas de todos, en el pesebre improvisado de papel roca se veían algunas estatuillas de santos mutilados rodeando al niño Jesús que yacía sobre unas piedritas.

El árbol de navidad además de ser enano y mal peinado tenía unas guirnaldas de luces que ejecutaban una música enlentecida (causada por la falta de pila del aparato), la espuma plast (que simulaba la nieve) estaba aglomerada en el rincón para donde se dirigía el ventilador de pie.

El pasillo era una larga secuencia de puertas abiertas, todas se comunicaban con todas, la gente pasaba de pieza en pieza dejando deseos de augurio y “pellizcando” variadas menudencias saladas. Luego de visitar a sus vecinos y de beber en cada rincón Pedro descubre a su novia rodeada de muchachos que sin tocarla la acariciaban con sus miradas, seducidos por la escena de baile explícitamente sexual.

Al comienzo Pedro sintió una ira incontrolable (que se potenció con el alcohol y con el tormento propia que venía arrastrando hacia años) entonces comenzó a repartir piñas en las caras anónimas de los hombres que formaban ronda.

A la una de la madrugada el ambiente comenzó a ser más denso que de costumbre, fue así que todos se abalanzaron sobre él cuasándole inmediatamente la muerte con patadas en la cabeza.

Luego de jugar al fútbol con el cuerpo de Pedro, los asesinos salieron corriendo sonriendo de orgullo y de placer, la novia de Pedro (que no tenía papeles y tenía varios antecedentes) corrió descalza y con miedo rumbo hacia la rambla. Detrás de ella fueron algunos jóvenes desprendiendo sus braguetas.

Las vecinas sentadas en los balcones observaban fascinadas con los ojos brillantes la escena miserable, continuando con normalidad su cena navideña (masticando los huesos de pollo como lo hacen los perros hambrientos).

Las bombas brasileras explotaban dentro de latas y botellas, retumbando en los terrenos baldíos de la Aduana produciendo adrenalina en los jóvenes adictos e indiferencia a los perros dopados de la zona. El olor a pólvora del ambiente festivo se fue apagando de a poco con la llovizna fina de verano obligando a los vecinos levantarse de las butacas de aquel circo popular entrando con sus hijos y con los juguetes recién estrenados.

La llovizna ganó cuerpo e intensidad transformándose en un fuerte chaparrón de verano con truenos y relámpagos, la vereda quedó vacía en segundos, Pedro continuaba tendido en el medio del empedrado con los ojos en la nuca y los brazos trenzados.

El fuerte temporal arrastró las bolsas de plástico de todo el barrio y lavó la sangre del cuerpo sin vida de un hombre al que nadie reclamó.

A los días la escena del crimen pasó a ser una imagen de película que nadie comentó y solo algunos recordaron a Pedro. Quienes recordaron perfectamente la existencia de Juan Pedro Rodríguez fueron sus amigos prestamistas: Fucac, Creditel, minimarquet "El gauchito", panadería "Las palmas", rotisería "El viejo Olmo" y la boutique pret a porter de vestimenta masculina "Jaime" de la calle Colón.

Pensando en cifras perdidas y diciendo “pobre, parecía tan bueno y al final era un vividor como sus padres, es sabido que quien mal anda, mal acaba”.

Cathy Burghi.